Sergio Fernández llegó a las puertas del antiguo centro penitenciario, ahora reconvertido en Centro de Reinserción, con cierto aire de preocupación. La orden del juzgado era taxativa y amenazante. Si no acudía en el plazo reseñado, las consecuencias podrían ser aún más graves. Con esa orden que él consideraba absurda, se vio obligado a revivir los tristes acontecimientos que ocurrieron 8 años antes y que, con el tiempo, había conseguido aparcar en un rincón de su memoria. Y ahora, como un pérfido y vengativo fantasma del pasado, salía de las tinieblas para recordarle que aquella historia no había terminado aún. Y lo peor de todo, es que ni siquiera debía haber comenzado. Se sentía utilizado, una víctima injusta e incomprendida de un sistema judicial que, al parecer, no olvida ni perdona, ni siquiera a los inocentes como él.

La imagen que tenía frente a él, era impactante. Unos muros de altura infranqueable que ocupaban toda la longitud de la calle, de una esquina a otra de la manzana. Estaba frente a una puerta de metal, con un cartel en la pared que indicaba a todos los transeúntes el tipo de lugar que era y el perfil de los que por allí entraban, salían o, como en este caso, estaban apostados.

Llamó al telefonillo, pero nadie respondió. Y esperó unos minutos. Él, había llegado puntual, como siempre solía hacerlo a cualquier tipo de cita, pero en esta ocasión con mayor razón. No quería que nadie pensara que le daba poco crédito a las amenazas de Su Señoría. Volvió a llamar y obtuvo el silencio por respuesta. Mientras tanto, se iban uniendo a él otros individuos que al parecer también habían sido citados en el mismo sitio. El grupo fue aumentando a medida que pasaban los minutos, pero el silencio era la nota dominante. Una especie de timidez, desconcierto y vergüenza, parecía el común denominador de los allí convocados.

Habían pasado 15 minutos de la hora fijada y nadie parecía atender al telefonillo en cuestión. El desconcierto fue en aumento. Justo en la esquina de la derecha, al final de la calle, había una verja de hierro alta de color gris y bastante oxidada. Terminaba en unas defensas con punta de flecha, y franqueaba el paso a los peatones o a los vehículos, dependiendo de qué parte se abriera. No se veía nada al otro lado de la verja, así es que para preguntar, no le quedó otro remedio que llamar al timbre adosado al muro. Después del zumbido del timbre, se oyó otro como respuesta, el típico sonido de chicharra. Instintivamente, empujó la puerta que daba acceso a los peatones al interior de aquel recinto. Los que se habían congregado en esa puerta, avisaron al resto que se habían quedado en la otra a la espera de noticias por si acaso decidían abrir aquella.

A unos 30 metros de la entrada, justo frente a la puerta, encontró una garita, dentro de la cual estaba la persona que le había franqueado el paso.

* Buenas tardes – saludó al empleado del Centro que estaba al otro lado del cristal. Me han citado para un curso sobre violencia de género.

A pesar del tiempo transcurrido desde que su antigua pareja interpuso la denuncia, aún no se había acostumbrado a pronunciar en voz alta ciertas palabras relacionadas con el caso. Era una mezcla de vergüenza, de pudor y de ultraje por verse envuelto en una situación tan atípica en su vida de humilde trabajador de la construcción.

* Continúe todo recto hasta el final de todo y entonces verá en la esquina una puerta y un cartel. Pase y le informarán, respondió el otro.
* Gracias.

Siguiendo sus instrucciones, desanduvo por dentro del recinto lo que había tenido que andar por la calle, hasta llegar a la esquina en donde, efectivamente, encontró una puerta con una hoja tamaño DIN A4 en la que se leía AMIKEKO.

Nada más traspasar la puerta, a mano izquierda, encontró una sala no muy grande en la que se poco a poco, se fueron agolpando una docena de personas, las mismas que estaban esperando a las puertas igual que él. Todos ellos varones y con caras de susto, de estar desubicados, como él. Enseguida se acercó hacia él una chica joven, de poco más de 30 años.

* Hola, buenas tardes. ¿Cómo te llamas?, preguntó la joven.
* Sergio, Sergio Fernández.

La chica repasó la lista que tenía entre las manos y cuando encontró su nombre, hizo una señal.

* Hola Sergio. Gracias por venir. Me llamo Laura – le dijo mientras le estrechaba la mano. Pasa y siéntate donde quieras, por favor.

Hablaba en un tono intencionadamente agradable y a Sergio, le llamó la atención que Laura le agradeciera su asistencia, sobre todo, porque el que Sergio estuviera allí, se debía entre otras razones a una orden judicial, según la cual si no acudía, entraría en prisión para cumplir la pena impuesta. Buscó una silla y después de saludar a los que ya estaban allí sentados, ocupó su sitio y se dispuso a esperar. No sabía muy bien qué tenía que esperar, pero le habían ordenado que asistiera y allí estaba. Hacía frío y en la salita no había calefacción lo que no ayudaba a hacer que la atmósfera fuera muy agradable.

Paseó con discreción su mirada por el resto de “invitados a la fiesta”. Lo primero que saltaba a la vista, es que el 90% de los allí presentes, eran de origen extranjero. Y jóvenes. Demasiado jóvenes para tener que acudir a un “curso de reinserción”, como si de vulgares atracadores, asaltantes, ladrones o traficantes se tratara. Gentes con rasgos suramericanos unos, y otros que al hablar, era evidente que aunque manejaban muy bien el idioma, lo hacían con un marcado acento de Europa del este. Todos vestían de manera muy humilde incluido el tan manido chándal; incluso un par de ellos, habían llegado directamente desde “la obra” con el mono puesto y lleno de yeso y pinturas varias.

Laura, tomó entre sus manos un papel y comenzó a decir en voz alta los nombres de los allí convocados.

* Juan Carlos?
* Sí.
* Sergio?
* Levantó la mano para indicar su presencia.
* Jaime?
* Sí, yo.

La ceremonia de bienvenida se fue desarrollando con el resto de “invitados” hasta completar la lista. Catorce condenados por violencia de género y dos conductores de la sesión. Uno de esos conductores, era Laura, el otro, una vez que todos ocuparon sus sitios, tomó la palabra.

* Hola a todos. Mi nombre es Miguel Ángel; a mi compañera, Laura, ya la habéis conocido. Somos Psicólogos y estamos aquí como responsables de conducir estas sesiones de trabajo que vamos a tener a lo largo de los próximos 8 meses aproximadamente.

La primera en la frente! Sergio, por algún extraño motivo, había intuido que al tratarse de un curso, no llevaría más allá de unas pocas semanas o días, pero en modo alguno se le había pasado por la cabeza que tendría que acudir a una cita semanal durante los siguientes 8 meses.

* Lo primero en lo que sí quiero hacer hincapié es en que estas reuniones de trabajo, no las denominamos “curso ni cursillo”. Nuestro objetivo aquí, no es el de forzar a nadie a que adopte ningún tipo de postura predeterminada; no venimos a enseñar ninguna fórmula mágica ni ningún comportamiento a imitar; respetamos la personalidad de cada uno y todas las decisiones que hayáis tomado en su momento no las vamos a discutir ni a juzgar. Tampoco vamos a juzgar lo que se supone que hayáis hecho; eso ya se juzgó en su momento y hubo una sentencia. No somos ni jueces, ni fiscales, ni tenemos nada que ver con vuestro proceso penal. Nuestro papel aquí, como Psicólogos se circunscribe a serviros de ayuda y proporcionaros un tiempo para que todos podamos reflexionar sobre nosotros mismos. En el día a día, nuestras responsabilidades nos ocupan la mayor parte de nuestro tiempo y al final no nos queda para pensar en nosotros mismos. Ese es nuestro objetivo: que os dediquéis dos horas a la semana, los miércoles de 19.00 a 21.00, para que reflexionéis sobre vuestras decisiones y el posible impacto que hayan podido tener en vuestras vidas. En este sentido sí me gustaría que el análisis que vayamos a hacer de vuestro pasado, sirva única y exclusivamente para intentar evitar que se puedan repetir en el futuro circunstancias o situaciones similares a las que han hecho que terminéis aquí. En una palabra, queremos ayudaros a tener una OPORTUNIDAD para reflexionar.

Miguel Ángel, era un hombre de edad madura, obeso y con voz algo grave. Hablaba en un tono amigable, suave, intentando eliminar toda entonación que pudiera ser percibida como agresiva, impositiva o autoritaria. Parecía más un consejero matrimonial que un psicólogo tratando a convictos. ¡Qué mal suena ese término: convictos!

* Como ha dicho mi compañero Miguel Ángel- intervino Laura- estamos aquí para ofreceros una oportunidad de reflexión. Es importante saber la razón por la que estamos aquí y también es importante saber COMO vamos a hacer el trabajo. Para ello, utilizaremos diferentes medios a medida que lo vayamos considerando conveniente.

Laura era una chica joven, de alrededor de 30 años, que vestía de forma convencional. Hablaba con fluidez, no demostraba timidez. Antes al contrario, se notaba que eso de hablar en público, aunque fuese rodeada de 12 “asesinos anónimos”, no la imponía.

* También quiero resaltar la importancia de ciertas normas de tipo general, que debemos respetar y cumplir. Por respeto al resto de las personas que forman este grupo y también por respeto hacia nosotros mismos, - continuó hablando Laura. La puntualidad, por ejemplo, es importante. Cualquiera puede llegar tarde un día por un imprevisto y eso es entendible, pero hacerlo con cierta frecuencia, aparte de una falta de respeto a vuestros compañeros de grupo, hablaría mal de vosotros mismos. Lo mismo cabe decir de la asistencia. La asistencia es obligatoria, porque así ha sido impuesta por el juzgado correspondiente y nosotros, como colaboradores profesionales, tenemos la obligación de informar al juzgado de este tipo de comportamiento. Por eso, cada semana, pasaremos lista y llevaremos un control de asistencia.

En ese momento, intervino nuevamente Miguel Ángel, para abundar en las reglas del juego.

* Por supuesto, aparte de asistir, lo que se espera de vosotros es que no solamente vengáis, os sentéis y al cabo de dos horas os vayáis, lo que podría entenderse como una actitud de “pasota”; esperamos que participéis de modo activo en estas sesiones de trabajo. Insisto en que esto no es un curso en el que hay unos profesores y los alumnos aprenden algo. Esto es otra cosa, como ya he dicho. Es un grupo de trabajo para conseguir una oportunidad para reflexionar sobre vuestros actos y decisiones. Aquí vamos a poder hablar de política y todas las opiniones serán respetadas. Y lo mismo cabe decir si un día hablamos de fútbol o de lo que sea. O de religión. Los habrá muy religiosos y los habrá ateos o casi. Todas las posturas son válidas y deben ser aceptadas.
* Se trata – apuntilló Laura- de disponer de herramientas para poder compartir con otros, convivir con otras personas, respetando sus decisiones, su espacio; incluso se trata de poder convivir con nosotros mismos, a solas, porque no todos han aprendido a convivir con ellos mismos. Yo creo, continuó Laura, que como introducción es suficiente y que ya tenemos más claro qué es lo que se espera de todos. Si os parece, para empezar a entrar en materia, me gustaría que fuésemos de uno en uno, diciendo vuestro nombre, cómo os gusta que os llamen, si por el nombre a secas o por un apelativo y lo que más me interesa ahora mismo, cómo os sentís; qué es lo que sentís en este preciso instante. ¿Quién empieza?
* Yo mismo? Quien se ofrecía a abrir la sesión de “asesinos anónimos” era Martín, sentado justo al lado de Laura, junto a la única mesa que había en la sala.

Me llamo Martín, Martín Jesús Martín, pero me gusta que sólo me llamen Martín. Cuando me llaman Mari Carmen, no respondo (risas).

* ¿Así es que no te gusta que te llamen Martín Jesús?, preguntó Laura.
* Para nada. Eso fue una faena que me hicieron la primera vez que fui a hacerme el DNI. El funcionario me obligó a poner un segundo nombre y tuve que ponerlo, sin saber en aquel tiempo, que mucho tiempo después aparecería un “iluminado” en televisión que con el mismo nombre, decía que era un extraterrestre que venía del Planeta Ganimedes. (más risas)
* Respondiendo a tu pregunta de cómo me siento, pues lo que siento es vergüenza.
* Vergüenza – repitió Laura mientras apuntaba en un papel.
* Sí. Me parece mentira estar aquí y máxime, como consecuencia de una sentencia de un juez, que por otra parte, se remonta a casi 8 años atrás. Nunca jamás imaginé que podría pasarme lo que me pasó. Siempre tuve la típica prevención sobre las personas que tenían cualquier tipo de relación con la Justicia y salían malparadas y resulta que al cabo del tiempo, soy yo el que se encuentra en esa situación. Es como pasar al otro lado del espejo de Alicia en el País de las Maravillas, solo que en este caso, maravillas, la verdad, pocas.
* Muy bien, Martín. Gracias por romper el hielo – dijo Laura. ¿Quién quiere utilizar su turno?

Una vez más, el silencio se adueñó de la salita.

* ¿Nadie? Animaba Laura. Bueno pues como somos muchos y no tenemos demasiado tiempo, voy a elegirlos yo. A ver, tú, por favor, ¿cómo es tu nombre? – dijo mirando a uno de los presentes.
* Soy David. David Menchón Gómez.
* Hola David – dijo Laura mientras apuntaba el nombre en una lista de asistencia- Cuéntanos, ¿cómo te sientes?
* Pues como ha dicho Martín, tengo una mezcla de vergüenza y de frustración. Me siento víctima, más que agresor y siento una tremenda injusticia.
* Muy bien, gracias, David.

Uno tras otro, los “asesinos anónimos” fueron tomando la palabra. Todos ellos se declararon enemigos de la violencia en general y por tanto, de la violencia contra la mujer en particular. La mayoría estaban ansiosos por exponer su caso. Ansiosos de que alguien les escuchara al margen de que les fueran a dar la razón o no. Eso no era lo importante. Lo importante de verdad era no sentirse juzgados – otra vez - y expresar el sentimiento que les embargaba en ese instante.

Indignación, estigma, vergüenza, humillación, desproporcionado, injusticia, ultraje….fueron los términos más usados. Sobre todo, injusticia.

* Por favor, levantad la mano los que consideréis que el hecho de estar aquí, es una injusticia, requirió Miguel Ángel, en vista de la frecuencia de aparición del sentimiento. Levantó la mano más del 80% de los presentes.

Chantaje en todas las formas conocidas, expolio del escaso patrimonio del acusado, precariedad económica como consecuencia de la situación sobrevenida….eran las situaciones más comunes.

Pero el caso más impactante fue el de Claudio.

* Me llamo Claudio -comenzó-, y en estos momentos me siento triste y feliz. No sé cómo explicarlo.
* ¿Porqué te sientes así?, preguntó Laura.
* Triste por estar aquí mismo. Tener que venir aquí es algo humillante, desproporcionado e injusto. Y al mismo tiempo, estoy tranquilo, no feliz, tranquilo, porque al menos ya he salido de la cárcel.

El silencio, fruto del impacto de esa frase, cayó como un mazo en el resto del grupo. La sensación de estar viviendo en otra galaxia, en otro mundo, con otras leyes, se hizo cada vez más profunda.

* ¿Cuánto tiempo has estado allí?, intervino Miguel Ángel.
* Cuatro meses y no os podéis imaginar lo que es eso. Jamás se me pasó por la imaginación que me pudiera suceder algo así. Es horrible.